

DE LA RENUNCIA

Edición 2019

© 2016 CAFH

Todos los derechos reservados

Indice

PRÓLOGO.....	3
LA RENUNCIA	5
LA RENUNCIA MENTAL	8
LA LEY DE LA RENUNCIA.....	10
LA RENUNCIA Y LA LIBERTAD.....	13
ACCION Y CONTEMPLACION	15
PARTICIPACION	17
LA PARTICIPACION DIRECTA.....	20
PRESENCIA	24
LA RENUNCIA Y LAS ALMAS CONSAGRADAS....	28
EXPANSION	32
PARTICIPACION Y VIDA DE COMUNIDAD.....	35
LO SIMPLE ESPIRITUAL.....	45
LA RENUNCIA Y EL MUNDO.....	49
INACTIVIDAD OPERATIVA	51
RENUNCIA Y DOCTRINA.....	53

Prólogo

En los apuntes sobre lo dicho en las Deliberaciones de la última Asamblea de Plenilunio figura que algunos Ordenados tenían dudas sobre la forma de usar la palabra Renuncia, tanto al explicar enseñanzas como al hablar con aspirantes o en público.

Eso me llevó a pensar qué significa Renuncia “a secas” para mí. Recordé entonces una conversación que tuve con Don Santiago en 1956, en la que le pregunté cómo explicar el concepto Renuncia, porque no encontraba palabras para describir lo que percibía al pensar sobre la renuncia. El respondió “los Maestros se hacen la misma pregunta”. En una conversación posterior, al volver a hablar sobre este tema, me dijo “podemos explicar la renuncia como presencia, participación y reversibilidad”.

Esta respuesta me movió a escribir un trabajo que llamé La Renuncia. Al poco tiempo de entregarlo a Don Santiago, él me dijo “sería bueno que titule De la Renuncia al curso que escribí, porque los miembros de la Tabla Madre ya escribieron un curso llamado La Renuncia.” Luego no hablamos más sobre esos cursos ni sobre el tema de la renuncia.

No tengo noticia de que Don Santiago haya dado a estudiar esos cursos fuera del grupo de la Tabla Madre ni que se hayan estudiado después de su fallecimiento; lo cierto es que se los adjuntó al archivo de cursos antiguos. Al leer ahora el curso La Renuncia me parece que, por los conceptos que tiene y la forma de expresarlos, se trata de apuntes tomados a don Santiago cuando exponía en las reuniones de esa Tabla. Quizá algunos párrafos de esos cursos solo puedan servir como referencias porque, más que explicar, parecen describir estados de conciencia.

Al comparar los dos cursos encuentro que ambos describen La Renuncia de manera similar: La Renuncia no se puede explicar con palabras, ya que representa la realización del ideal espiritual. Esto lo vemos confirmado en un Mensaje: “...la renuncia es la Unión Substancial.”¹

¹ Mensaje de 1959, El Camino de la Renuncia

Los Mensajes describen cómo realizar y transmitir ese ideal de manera que pueda ser asequible a todas las almas; también lo hacen las enseñanzas que se refieren a la expansión del amor² y a las renunciaciones implícitas en esa expansión, como las que describen los grados de la renunciación³.

Quizá la lectura de los cursos La Renuncia y De la Renuncia pueda ayudar a comprender y transitar el sendero que conduce a la realización de tal alto ideal.

J.W.

Julio de 2016

² Desarrollo Espiritual, Enseñanzas 11ª, *El Amor Real* y 12ª, *Los Doce Rayos del Amor*

³ Desarrollo Espiritual, 8ª Enseñanza, *La Renunciación*

LA RENUNCIA

1ª Enseñanza

La renuncia es más que un mero tópico de conocimiento, aun místico o espiritual. Para quienes están animados por la vocación de desenvolverse espiritualmente, pensar en la renuncia es pensar en su propia vida. La renuncia no es para ellos una cosa más, es la vida, es el mundo, es el universo, es la Divina Madre.

La renuncia es fuente inagotable de dones que transforman al alma y al mundo; es un estado de vida que parece imposible que pudiera existir sobre la tierra. Las palabras paz, sosiego, felicidad, no pueden expresarlo. Ni siquiera quieren las almas hablar de ella, pero la expanden continuamente sobre el mundo como pan de vida y libertad interior.

La vida de quien renuncia, su sentir y su pensar, plasman una nueva vida. Su forma de conocer, totalmente interior, abre un campo maravilloso al conocimiento. Su herencia para la humanidad no es de hoy ni de mañana, es eterna, porque trasciende las posibilidades meramente humanas.

Renunciar a la personalidad adquirida es más que una misión, es el camino para llegar a ser, simplemente.

En nuestra condición actual no alcanzamos a soñar con el estado interior de ser, simplemente ser. Pero este estado no sólo es posible, es una realidad vivida por quienes renuncian a sí mismos, y se transmite espontáneamente al mundo como promesa de paz.

Así como nuevos mundos entran en el campo de nuestras posibilidades activas, así también tenemos en nuestra conciencia el potencial para lograr una noción de ser que trasciende esos límites, un potencial que activamos a través de la renuncia.

No podemos transmitir directamente la experiencia de la renuncia, tampoco podemos traducirla en palabras; la renuncia se plasma en el mundo a través de las almas que la realizan. Todo camino de liberación interior es camino de renuncia.

Quien renuncia no hace de la renuncia su renuncia. Sabe que la renuncia es la ley de la vida, del mundo, del universo: no tiene límites. Es, simplemente, conciencia de ser y, simultáneamente, de ser en todo.

Por eso la prédica de renuncia es también un esfuerzo para seamos la renuncia misma. Hablamos de lo maravilloso de los actos de renuncia, de lo que debemos dejar, de lo que tenemos que realizar; pero hablar de la renuncia en su aspecto más espiritual, más intocable, no es para nuestros labios.

La renuncia se entiende, se vive, se participa y se predica más por lo que no se dice de ella que por lo que se puede decir.

Definir la renuncia es imposible. Querer encerrarla dentro del marco de una concepción intelectual es poner una barrera entre uno y lo divino.

Nuestras posibilidades reales trascienden nuestras posibilidades racionales. Con luchas y esfuerzos llegamos fácilmente hasta un cierto punto en nuestro desenvolvimiento, pero para trascenderlo necesitamos un esfuerzo y una renuncia no comunes. Esta transcendencia está a nuestro alcance si transformamos nuestra libertad en un estado interior de ofrenda y participación, sin esperar algo a cambio.

Pero trascender un estado no es superarlo. Superar, en ese sentido, significa alcanzar un estado por encima de otro estado. Trascendencia es no-dualidad, sin que, por eso, neguemos la dualidad.

La posibilidad de variar la intensidad de un esfuerzo o de elegir es una visión pobre del albedrío. Ese pequeñísimo margen de libertad dentro de una trayectoria fija no puede entenderse como libertad, aunque lo es dentro de su círculo.

El verdadero libre albedrío es el que puede romper el límite de determinadas posibilidades para lograr otro orden de posibilidades. En la práctica, solemos luchar por conquistar un albedrío que no es tal y nos estrellamos contra nuestras reales posibilidades. Sólo saltando por sobre nuestras posibilidades contingentes podemos realizar nuestras posibilidades reales. Sin embargo, la mayoría de nosotros entiende por realización la actualización de sus posibilidades contingentes. Pero tampoco el salto sobre las posibilidades contingentes significa una realización absoluta, ya que esas nuevas posibilidades se vuelven contingentes. Si lográramos mantenernos en la renuncia, esa la línea no se interrumpiría hasta el final, sería una expansión que rebasaría lo real y lo contingente. La participación es reversibilidad y la reversibilidad, renuncia.

Se llega a la renuncia por etapas; éstas no significan jalones en la conquista de un bien sino estados de predisposición necesarios para que ese bien surja como un estado espontáneo de ser.

Es cierto que adelantamos a través de la realización progresiva de objetivos, pero los estados de conciencia son siempre compuestos, por más sublimes que sean.

Si bien la renuncia no se nos presenta como un objetivo, eso no quiere decir que no lo sea, sino que es un objetivo negativo.

Estamos acostumbrados a oponer objetivo con no-objetivo porque no siempre comprendemos el estado interior negativo. Es evidente que el acto interior de ofrenda no puede traducirse en una actitud fija, determinada. El estado interior negativo, por ser opuesto a los estados positivos de acción-gasto, no ofrece asidero alguno. Por eso, la renuncia solo puede ser comprendida por similitud.

Si bien todavía son contados los que logran trascender el estado de conciencia de separatividad, la renuncia es posible para todos los seres humanos. La renuncia, como estado de conciencia universal, es quizá el destino de la humanidad.

Para que todos podamos alcanzar el trastrocamiento de nuestros valores conceptuales —los valores materiales son al fin valores conceptuales— cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de ampliar al máximo su conciencia y plasmarla en la humanidad por la participación basada en la renuncia.

La renuncia, como concepto de desprendimiento, no es ni nueva ni difícil de comprender, más la renuncia como desaparición por participación no puede ser reducida a algo particular. Pero cuando, por la renuncia, transformamos nuestro conocimiento en estado de conciencia, realizamos la esencia de lo que conocemos.

La renuncia produce un trastrocamiento tan profundo de los valores interiores que el mecanismo de la vida y del conocimiento desaparece en la inmensidad de un valor único, simple, vivo y palpitante con el latir silencioso de la eternidad.

En el silencio absoluto de la renuncia concluyen las teorías, las diferenciaciones, los caminos y objetivos; sólo queda la paz permanente de la participación, del estado unión con todos y con todo.

LA RENUNCIA MENTAL

2ª Enseñanza

En la actualidad, sólo sabemos conocer dentro de nuestro campo mental de separatividad. La separatividad no es tanto la división que podemos hacer con la mente sino la misma posición de nuestra mente. Por eso, cuando pensamos en la renuncia, no podemos imaginar más allá de la renuncia contingente. Aun cuando pensemos en la Gran Renuncia la asimilamos siempre a *una* renuncia, porque pensamos desde la separatividad.

Quebrar la separatividad es más que sentirse todos hermanos, ser ciudadanos del mundo, comprender las distintas creencias; es lograr una posición trascendente, no sólo en su ser sino en sus efectos.

Sin embargo, en el proceso de nuestro desenvolvimiento individual, la separatividad es un estado que pocos trascienden. En ese estado todo nos aparece estable y seguro: los conceptos son fijos; la clasificación, rigurosa; el análisis, lógico y certero; por eso es difícil trascenderlo. Hacemos distinciones entre lo que es y lo que llegará a ser, entre estado y estado, presente y futuro, aquí y allí.

Es fácil desprendernos de muchas cosas, pero lo último que abandonamos es el sentido de ser como algo aislado, distinto, sujeto al tiempo, al cambio, al logro. Como nos determinamos dentro de nuestras ideas, no somos libres para pensar. Lo que habitualmente llamamos pensamiento, aun cuando éste asuma una forma hilada y lógica, en realidad no es más que una masa confusa de ideas, sentimientos y deseos en cambio continuo, sin orden y sujeto a múltiples influencias.

La renuncia mental permite poder pensar, saber pensar.

El pensamiento no obedece cuando asimilamos la vida a la identificación con nuestro pensamiento. Por eso, la renuncia de la mente nos parece imposible.

Pero cuando la vida deja de ser una cosa para ser simplemente vida, la mente obedece en forma segura, precisa y según la medida necesaria. La conciencia ya no corre tras el pensamiento sino el pensamiento es la determinación de un estado de conciencia.

La mente subordinada a la conciencia puede ir de lo simple a lo múltiple, sin quebrar la unidad de lo contingente. Es una mente que sabe verter el conocimiento simple a través de las formas compuestas de las enseñanzas que apun-

tan hacia el conocimiento de lo divino. Esto hace de la mente un instrumento efectivo de liberación interior.

Cuando la mente no divaga produce, por un lado, una expansión interior; por otro, una fijación en el eterno presente.

La huida en el tiempo es difícil de vencer. Pero cuando el pasado no existe y el futuro no cuenta, la vida es un nacimiento eterno. Podríamos decir, entonces, que la fijación en el presente es un don de eternidad.

La inquietud de la mente nos hace saltar de estado en estado, de aspiración en aspiración, de experiencia en experiencia; pero cuando ya no hacemos distinción entre el yo y el tú, cuando nuestro estado interior es, al mismo tiempo, simple y de participación, y cuando en nosotros no hay deseos encontrados sino solo voluntad, la paz interior es indescriptible. Nada nos puede mover de nuestro centro porque nada de él hay fuera de él.

Hasta que no logramos estabilidad mental la experiencia de paz puede ser muy intensa, pero la perdemos. Cuando nuestra estabilidad es real, la intensidad de esa paz es mayor, pero no la percibimos.

Si concibiéramos la paz de la liberación interior como una experiencia de paz no la podríamos comprender, porque esa paz no se limita a una experiencia; es un estado de paz y amplitud interior que no se adquiere ni se puede perder porque ya es condición de nosotros mismos.

La renuncia a la paz es paz. La vida se desenvuelve en el tiempo y el espacio, pero interiormente es como una percepción simple de la vida y de Dios. En otras palabras, no es un trance extático sino una permanencia estática.

La renuncia es paz interior que se traduce en felicidad exterior. Esta ya no depende de goces, ni siquiera se puede decir que se siente, porque no hay diferencia entre lo divino que se quiere realizar en nuestro interior y lo que buscamos fuera de nosotros.

Lo exterior es reflejo de lo interior y espejo todo de la Divina Madre.

LA LEY DE LA RENUNCIA

3ª Enseñanza

Es común entender la renuncia como uno de los posibles caminos espirituales, especialmente cuando se la relaciona con el ascetismo. En la concepción de nuestra enseñanza, la renuncia es *el* camino.

Si la renuncia fuera sólo nuestro camino, nuestra renuncia no sería mensaje para la humanidad. La renuncia es el sendero del ser humano y la solución a los males del mundo, porque la renuncia es inseparable del devenir de la existencia.

Ya tenemos experiencia en el camino del adelanto material y del desarrollo mental. Si bien es obvio que mucho nos falta en ese sentido, es hora de abrir también el camino que llamamos sobrenatural, no por estar desconectado de la realidad humana sino por integrar esa realidad. El estado sobrenatural no se sitúa por encima de los estados humanos sino abarca y sintetiza todo estado en el estado simple de ser.

La renuncia es *el* camino porque la renuncia es una ley de la vida, implícita en el devenir. Sin darnos cuenta, renunciamos a cada instante para dar lugar a un nuevo instante y a ver cómo nuestras experiencias, ya sean placenteras o dolorosas, se sumen en un pasado que no podemos recuperar. No podemos detener al tiempo que nos lleva hacia un fin que no podemos prever cómo ni cuándo será. La incertidumbre es una constante que, queramos o no, nos obliga a renunciar a cualquier apoyo que pueda darnos la seguridad y la confianza que tanto buscamos.

Si bien nos resulta difícil comprender la renuncia como principio de la existencia cuando la limitamos con palabras, podemos realizarla como estado de conciencia.

Nuestra visión tiene un alcance limitado porque está determinada por la separatividad que generan nuestros estados mentales. La renuncia nos da la posibilidad de trascender esos estados. Esta trascendencia es una realización interior y se refleja en un estado habitual de conciencia que espeja, por presencia y participación, la vida como estado integral de existencia.

Presencia y participación son estados interiores simples que, producidos espontáneamente por la renuncia, conducen a un estado de conciencia no determinado, más allá de los estados mentales o emocionales.

Podemos intuir los estados interiores propios de la renuncia cuando, en vez de buscarlos como si fueran comprensiones, nos identificarnos con ellos. Entonces las palabras presencia y participación ya no son construcciones del intelecto. Si intentáramos explicarlos traduciríamos pobremente, en conceptos, el estado que vivimos. Desde otro punto de vista, es reversibilidad del estado de conciencia en estados conceptuales.

La traducción de un estado de conciencia a conceptos inteligibles para la mente no es necesaria para su realización, y puede convertirse en obstáculo si la quisiéramos alcanzar a través de esos conceptos. Pero si bien la explicación no es indispensable, sí lo es el aumento de capacidad de participación.

La participación es una expansión de conciencia que en los comienzos se nos presenta en forma periódica e involuntaria. Cuando ese estado se hace más permanente nos mueve a usar la voluntad de acuerdo con lo que nos dicta nuestra conciencia de vivir en participación.

A veces creemos que la realización del estado de renuncia es un estado de gran expansión no solo mental sino también emotiva. Esto nos mantendría en la dualidad, por proyectar en nuestra idea de la renuncia nuestra intuición de estados sublimes, siempre relacionados con nosotros mismos, como si fuéramos entes independientes de lo que pueda ocurrir en la vida.

Si bien la ampliación del campo mental nos predispone para lograr más elevados estados de conciencia, necesitaremos desecharlos uno a uno para trascenderlos.

La realización interior mística no necesita ser objetivada y reducida a construcciones mentales. La vida espiritual es un estado simple de ser que se expresa en las formas más sencillas de vida. Vivir no es solo pensar o elucubrar, imaginar, comparar. Vivir es vivir, y la realización espiritual es el estado simple por excelencia.

Las ideas, las doctrinas, los sistemas de pensamiento vienen luego, cuando tratamos de reducir lo inexpresable a formas inteligibles para nuestra mente. Sólo la permanencia en la renuncia es permanencia en la eternidad. Todo lo demás pasa y desaparece.

Aun seres muy espirituales suelen atarse a las comprensiones o realizaciones que creyeron haber descubierto o alcanzado, y allí se quedan. Aun cuando hayamos volado muy alto, la eternidad no se mide en un vuelo.

La permanencia en la renuncia es el medio para lograr la libertad interior necesaria para identificarnos con el ritmo de la vida sin sujetarnos a experiencias sucesivas de libertad.

Si renunciáramos sistemáticamente a todo, instantáneamente seríamos libres.

LA RENUNCIA Y LA LIBERTAD

4ª Enseñanza

Si bien la vocación de renuncia se expresa en un gran deseo de entrega, de ofrenda, mientras la sentimos como un acto que comienza en un momento, que tiene que desarrollarse en el tiempo para llegar a un fin ya prefijado por nuestra mente, se mueve dentro del ámbito de nuestros proyectos particulares.

Siempre hay un fondo de egoísmo en el deseo, lo que nos mantiene centrados en nosotros mismos, aun cuando tengamos un ideal espiritual.

La renuncia no puede ser reducida a un estado personal, a un tipo de vida o a un medio para ciertos logros. La renuncia es la vida misma.

La misma ley que sostiene la vida nos impulsa hacia la ofrenda, la renuncia. Cuando la sentimos como un impulso desconocido e irresistible la llamamos vocación y la identificamos con un camino o un medio para nuestra realización.

El noble deseo de entrega, de ofrenda, existe en una u otra forma en todo ser, porque renunciar es ser libres.

Por más poderosos que sean los instintos, por más intenso que sea el arraigo a la vida, no hay fuerza capaz de frenar en nosotros el ansia de libertad, que es anhelo de unión con la conciencia que rige la vida. Quizá sin saberlo, vamos hacia una libertad que nos exige dejar de ser.

Pero, ¿qué es dejar de ser? ¿Acaso es dejar de pensar, de sentir, de vivir? Al contrario, dejar de ser es salir de la estrechez de conciencia de una vida particular para vivir en la expansión de una existencia universal.

Pero no siempre buscamos esa libertad completa; generalmente comenzamos por usar los medios que tenemos para superarnos como personas particulares. Esa superación siempre es posible, pero no la que ansiamos. Por supuesto que necesitamos realizar nuestras posibilidades particulares, pero hay un paso más, a la par de ellas. Ese paso es la renuncia interior. Podemos tenerlo todo, haber alcanzado todo, pero en el fondo sabemos que no tenemos nada más que nuestra conciencia de ser. En esa conciencia encontraremos la libertad espiritual que anhelamos, y la lograremos renunciando a nosotros mismos.

Esa renuncia hace posible desplazar la conciencia desde la multiplicidad de la manifestación hasta su expresión esencial. Por eso es iluminación interior: equilibrio, conocimiento y trascendencia.

Es equilibrio porque es la armonía de los aspectos duales. Es conocimiento porque es participación substancial. Es trascendencia porque es no-separatividad.

La reversión del estado de conciencia de separatividad al de unidad es una suspensión interior en la que se integran todos los aspectos del estado de conciencia en uno no determinado. Este estado está más allá de lo que entendemos por libertad: es liberación.

ACCION Y CONTEMPLACION

5ª Enseñanza

La acción y la contemplación sólo pueden oponerse dentro de una visión restringida de la vida espiritual. El equilibrio entre estas posiciones aparentemente opuestas no consiste en una posición intermedia, que sería al fin otra posición. Acción y contemplación se concilian cuando se lleva la acción a un nivel trascendente; cuando se hace, de la acción, transmutación de lo espiritual en acto, en creación.

La acción de la renuncia no siempre es bien comprendida; como nos resulta difícil separar la acción de la idea de actos determinados, buscamos la acción directa como medio de liberación. Es que el deseo de entrega produce una potencialización interior, y esa fuerza, multiplicada por la persistencia del deseo, al no ser transmutada en fuerza espiritual por un estado de renuncia interior, crea como una necesidad de acción: hacer algo, hacer el bien.

La acción siempre existe y hoy, especialmente, es indispensable la acción de bien para todos, pero esa acción buscada no es más que el gasto inútil de un potencial que, sostenido por la permanencia, hubiera alcanzado una expansión no determinada.

La acción de Cafh es acción determinada, pero en sí es irradiación. Cafh, como reflejo del Ired, posee un alcance y potencia ilimitado pero se manifiesta a través de acciones concretas y limitadas.

Una acción personal es una acción; una acción impersonal es acto simple, casi se podría decir que es un acto puro. No se determinan los actos en el tiempo sino se vive en el ritmo de contracción y expansión.

La renuncia hace del alma una imagen del Cosmos; su vida es el palpitar de la vida universal. Su tiempo no se cuenta con las horas humanas; es la multiplicación de la conciencia en una expansión sin límites. La transmutación ya no es un logro determinado sino que ocurre por reversibilidad.

Hoy todos los movimientos humanos, todos los buenos deseos, todos los esfuerzos de ayuda no alcanzan para solucionar nuestros problemas. La acción directa es necesaria, por su puesto, pero no cambia las miserias del mundo producidas por nuestro pobre estado de conciencia. Vale la pena invertir los valores.

Si renunciáramos a la paz y a la felicidad, nos haríamos dueños de la paz y felicidad y podríamos ser un centro de luz para la humanidad. Nuestra vida sería enseñanza; nuestro sacrificio, amor; nuestra renuncia, pan de vida y felicidad.

Cuando no hacemos o buscamos nada para nosotros mismos, nuestro campo potencial de posibilidades se multiplica porque es el de las necesidades del ser humano, de la humanidad. Si viviéramos solo para nosotros mismos, nuestras posibilidades serían a lo sumo lo que creemos necesitar, pero si renunciamos vivimos para la humanidad y nuestro potencial es lo que la humanidad necesita.

Nuestra vida espiritual no es, entonces, de acción o de contemplación, ni tampoco una trayectoria de lo humano a lo divino. Es fijación interior que es actividad en sí. Es un potencial de amor que envuelve a la humanidad.

No necesitamos hacer, actuar, movernos, para actuar espiritualmente. Basta con ser. Uno es; en ese ser está nuestra misión y nuestra realización. En una palabra, estamos presentes.

Presencia es, en definitiva, la medida de la eternidad.

PARTICIPACION

6ª Enseñanza

Son muchas las almas nobles que consagran sus vidas al bien de la humanidad, pero es limitadísimo el campo que puede abarcar una persona en una labor exterior. Además, la acción humana no es una solución completa, porque somos un compuesto y nuestras acciones no pueden salir fuera de lo compuesto.

Sólo la participación escapa a lo compuesto; no es una acción directa sino una interior, sobrenatural. Para lograrla necesitamos dominar la acción, y lo logramos con fijación interior.

Cuando hay fijación interior ya no hay par de opuestos. Todo movimiento, aún el más espiritual, por ser movimiento es dualidad y se traduce en bienes posesivos –materiales, espirituales–. Su expresión son renunciaciones y su realización un bien determinado.

El estado interior de presencia, basado en el amor, se expresa como participación. Esta participación no puede determinarse en participación a la vida divina, al dolor humano, etc.; es identificación integral. En ese sentido, es como la renuncia; aquéllas son formas de participación.

La participación se logra a través de las formas de participación que establecen una doctrina y un camino místico característico.

Su ascética mística es renuncia y permanencia: fijación.

Su apostolado también es renuncia y permanencia: irradiación.

Su consecuencia en el alma es expansión, simplicidad.

No es posible vivir con el pensamiento fijo en los problemas humanos, pero es necesario que la conciencia de los mismos se traduzca en un estado de participación real y efectivo en sus resultados.

La participación es escuela de renuncia y lleva a una expansión interior sin límites. Cuando el estado de conciencia trasciende lo personal vuela rápidamente hasta lo ilimitado. Cuando renunciamos no solo a nuestros problemas personales sino también hacemos un voto de renuncia, abrazamos el dolor para hacer nuestro el sufrimiento humano.

No abrazamos el dolor para redimirnos, sino por amor. Porque dolor y amor son las expresiones básicas de la vida. En vez de unirnos a la humanidad por un

sentimentalismo emotivo, nos identificamos con ella viviendo en nosotros la vida de cada ser humano.

Participar es total identificación: dejar de ser para ser en todos.

La verdadera unión no se produce por un pensamiento, un sentimiento o un estado de vida similar, sino por la unión con los problemas, aspiraciones y desesperaciones de los seres. Si no, siempre seríamos intermediarios.

Cambiar es estar siempre en lo mismo. Más que soluciones, necesitamos un despertar interior que nos mueva a ampliar nuestra conciencia en forma continua. Para lograrlo, necesitamos aprender a “desaparecer” en la vida de la humanidad, renunciando a nosotros mismos.

La vida de renuncia lleva a ampliar nuestro sentido de responsabilidad. En vez de buscar un máximo de libertad exterior con un mínimo de responsabilidades necesitamos lograr libertad interior suficiente como asumir responsabilidad social, por participación. No seríamos libres si no pudiéramos asumir esas responsabilidades, porque son nuestras.

Ser responsable es más que cumplir bien y tener sentido de los propios deberes. Cuando ampliamos nuestro estado de conciencia hasta abarcar a todos los seres, las vidas de los demás son más de uno que la propia vida. Nuestros deberes no se restringen a satisfacer nuestras necesidades, a las obligaciones particulares, sino se miden de acuerdo con las necesidades humanas.

Esto no significa que pensemos continuamente en el sufrimiento y los problemas de los pueblos o que necesitemos hacerlo. Por supuesto, los tenemos muy presentes en el trasfondo de nuestros pensamientos mientras nos concentramos en cumplir nuestras obligaciones, hacer silencio interior y orar por el bien de todos. No vivimos pendientes de cómo sentimos nuestra participación.

Sin embargo, para algunos el camino es sufrir, abrazar el dolor. Esa es su mística; a través del dolor se expanden interiormente hacia un sentir y una participación universales. Pero el estado interior de participación, aun cuando sea con el dolor humano, no es de sufrimiento, es un estado de conciencia.

Así como los padres siempre tienen presentes a sus hijos y trabajan para ellos aun cuando no piensen en su familia, así quien participa tiene presente y trabaja para la humanidad mientras cumple sus obligaciones diarias.

Cuando nuestro estado de conciencia abarca a otros seres, otras vidas, cambia forzosamente nuestro modo de sentir y vivir lo hechos de la vida. Todos cono-

ceмос los dolores cuando los sentimos, pero el dolor por todos se siente de otra manera; es ya parte de uno.

Nos unimos al sufrimiento de los seres humanos no solo porque sufren, sino porque el movimiento de la expansión de conciencia pasa necesariamente por ese estado al abarcar estados de conciencia cada vez más amplios. La visión interior no se reduce a un dolor, a un problema, a un estado. Todo es en uno porque todo es en aquello que es.

Podríamos decir que sentir el dolor de otro o el que sufre un pueblo va más allá de ser una oración; es hacer participar a esos seres de la vastedad de nuestro estado de conciencia.

Por eso las expresiones que usamos para describir estados tan interiores son relativas y deben tomarse en su sentido más amplio y genérico. Recordemos que los estados espirituales son tanto más simples cuanto más avanzados, y que la suma simplicidad está más allá del alcance de nuestra mente actual.

Es así que la participación no se logra pensando que uno está participando. Si pensáramos continuamente en nuestros estados interiores no podríamos participar porque permaneceríamos enredados en nuestro egoísmo. La participación es un estado espontáneo de conciencia que no siempre se refleja en la conciencia de lo que está pasando en nosotros.

Cumplir con fidelidad nuestros compromisos es el punto de partida de nuestra participación. No pensamos ni conocemos lo que se hace a través nuestro, ni tampoco nos interesa. Nos ofrendamos espontáneamente porque nuestra forma de ser es la renuncia y nada buscamos fuera de ella. Esto nos hace instrumento de participación y vínculo entre el cielo y la tierra.

Pero a veces la Divina Madre da el don de vivir conscientemente el estado expansivo de participación, y lo que parece incomprensible para la mente se hace sencillo en la experiencia simple de una expansión espiritual.

LA PARTICIPACION DIRECTA

7ª Enseñanza

La idea de la participación siempre está presente, en una forma u otra, en todo tipo de vida espiritual. Lo importante es llevarla a su último extremo, a su más alto vuelo y transformar a su luz todo concepto de vida y de realización.

La participación, como expresión de la renuncia, es un estado de participación. La participación activa puede acompañar a la participación como estado pero no es condición indispensable.

La participación activa no puede escapar de la limitación de lo determinado; para que se produzca no es necesario ser instrumento sino, simplemente, una personalidad.

El dolor, especialmente cuando no es por un mal que uno sufre, es siempre una forma rudimentaria de participación. Lo mismo el amor. El dolor y el amor unen; otra vida que se injerta en uno a través del dolor o el amor.

Cuando el amor trasciende lo personal comienza la participación como acto positivo, directa, física. Es un intento de experimentar en uno estados idénticos a los de otro ser o conjunto de seres: privaciones, enfermedades, necesidades, situaciones.

La participación física existe aún a despecho del individuo: situaciones que no pueden ser evitadas, sufridas por un conjunto de seres.

Si esa participación puede evitarse y sin embargo es buscada, se transforma en un medio de participación anímica, siempre que se la busque como medio.

Siempre hay que considerar que el gran peligro de la participación directa es que se transforme en vivencia emocional, que es la personalización de aquello con lo que se participa

La forma más útil es hacer de la participación directa un medio de participación, haciendo de la misma una experiencia expansiva.

Si la participación directa no cumpliera la función de medio sería siempre parcial. Por ser directa, casi se podría decir física, no puede tener carácter universal. En cambio, si se usa como medio, es sólo un punto de apoyo.

Sólo teniendo siempre en cuenta esto se puede manejar sin peligros la participación directa.

La participación, como estado integral, no necesita completarse. Buscar la participación directa por un sentimiento de necesidad de participación total es señal de que la participación interior no es completa. Es válida entonces la participación directa como medio, aunque no da seguridad de ser eficaz en todos los casos.

Además, sentir necesidad de una participación directa puede ser fácilmente una huida de una participación real, ya que ese sentir puede partir de no aceptar la propia situación e imaginar que se la puede superar con actos de participación. Si la participación directa fuera solo un medio de adelanto personal, sería sólo una participación, y bastante relativa, ya que cuando se la toma como una acción personal deja de ser verdadera participación; se transforma en una apreciación siempre subjetiva de determinadas situaciones, sin consecuencias reales ni en uno ni en la humanidad.

Pero el problema de la participación directa siempre se presenta como aspiración de un momento en el camino hacia la participación, y a veces se traduce en cuestiones racionales irresolubles y pruebas interiores que sólo se trascienden con la renuncia a la participación directa. Entonces se abre la puerta a la participación como estado.

A veces buscamos la participación directa para conocer mejor el sufrimiento humano. Esto es bueno. Pero para las almas con sana vida interior el camino es la negación sistemática de todo lo sensible para llegar al vacío como humanidad; participación con la soledad y obscuridad del ser humano. Esta renuncia se revierte en una participación universal de amor.

La participación directa puede también realizarse como participación con uno mismo, siempre que sea objetiva, y saltar, a través de uno, a la humanidad. Todo aspecto de uno se hace imagen de lo universal. En la práctica, es una técnica de participación. Uno deja de tomar sus problemas como algo personal para considerarlo en su sentido más amplio, como problema humano. Es ampliar la visión de lo individual a lo universal.

Sin embargo, a veces es necesario cierto grado de participación directa. Se podría decir que en la mayoría de los casos es así, por las limitaciones del estado de conciencia que tantos tenemos. Pero esa participación no debe perder las características que ser un medio, porque es difícil evitar que, a través del contacto con la miseria humana, la miseria del mundo entre en uno. Y esa entrada, por ser casi insensible, es tanto más peligrosa. Por eso no hay que olvidar la diferencia que existe entre lo que llamamos "lo humano", o "humanidad", y el "mun-

do" o "espíritu mundano". Lo humano es la encarnación; el mundo es la ignorancia y el desequilibrio propios de la encarnación. Hay que encarnar sin caer en "lo humano", solo hay que participar.

Otro peligro de la acción directa es la actividad.

En un orden de vida interior la actividad, aún intensa, es siempre renuncia y presencia del alma. El trabajo deja de ser actividad para ser expresión de vida.

Pero cuando la actividad entra en el campo mental del trabajo, éste se vuelve solo actividad y se pierde la participación interior universal. Aparecen los objetivos, los progresos y los resultados de la actividad; el anillo de lo contingente se cierra sobre la obra, el alma y su sentido de acción y participación.

El afán sucede a la paz, los nobles fines y los elevados deseos suceden a la renuncia. Se deja de participar con la humanidad para caer en el espíritu mundano.

El deseo de participación directa también puede encubrir una tentación.

Las luchas y dificultades interiores que aparecen en los comienzos del camino de la renuncia pueden disfrazarse con el velo de un noble fin. El deseo de mundo, que es inconfesable ante uno mismo por su evidencia de subterfugio, aparece como deseo de acción en el círculo del mundo. Por supuesto, de acción noble. La ansiedad de un contacto directo con lo mundano hace intolerable la clausura de la participación interior.

A veces la tentación es de la mente: la falta de una renuncia total puede mostrarse como grandes deseos intelectuales de participación que, unidos a un rechazo de la oscuridad incomprensible de la participación, presentan como única salida la acción directa.

Algunas almas buscan la acción directa como un medio de satisfacer su necesidad de experiencia de humanidad. Esa necesidad no puede entenderse en su sentido corriente; si así fuera no habría participación. Es no sólo vivir en uno la situación y el dolor humano, sino vivirlo en toda su contingencia. Lo que se hace entonces no es acción directa sino como una encarnación de la participación.

Ya no es el individuo que actúa o siente; queda sólo lo humano como símbolo encarnado en una forma: este individuo.

Otra forma que asume esa necesidad de participación es la experiencia directa, como expresión necesaria de una participación substancial. No se trata de repe-

tir en uno mismo un padecimiento o una afección determinada sino la manifestación esencial del mismo en su aspecto más general.

El dolor humano, experimentado en esa forma, adquiere una intensidad que no puede alcanzar un dolor personal, ni tampoco tolerarlo. En este caso la participación es trascendente.

La forma personal y contingente es el modo que asume el dolor según el individuo y las circunstancias, pero no es el dolor mismo. Por eso, en la participación, el elemento accidental del dolor no incide ni tiene importancia, a pesar de que se lo sufre. En esto estriba la gran diferencia con los deseos de participación directa; en éstos se busca la participación a través de elementos accidentales y se sufre, trabaja y piensa humanamente; en aquélla se posee en sí toda la expresión contingente del dolor porque uno permanece en el dolor mismo.

En una, lo accidental restringe el campo de participación. En la otra, se posee el campo mismo.

Si esta posesión es substancial, todo peligro de desviación desaparece. Entonces toda obra es buena y efectiva; todo tipo de vida es posible porque nace de la participación en vez de ir hacia ella.

PRESENCIA

8ª Enseñanza

Cuando pensamos en un camino místico, generalmente lo imaginamos como una línea de desenvolvimiento interior que culmina en un estado expansivo de realización.

A todos los estados se llega por etapas, pero no podemos asociar el estado de presencia con alguna etapa de nuestro desenvolvimiento ni podemos indicar la línea que a él conduce, si bien hay ciertas prácticas interiores que predisponen a la presencia.

Presencia, como participación y reversibilidad, son estados negativos interiores sin características objetivas determinadas.

Presencia es estar, permanecer. Esa fijación interior, más que concentración activa en un punto es, más bien, una contracción al punto.

En vez de reducir la vida a un juego continuo de estímulos y reacciones, en el estado de presencia la percibimos como movimiento en sí y se expresa en nuestro interior como permanencia en la simplicidad. La vida deja de particularizarse al ser y el ser se une a la vida como una expresión de lo divino.

El estado de presencia es integral, un estado espontáneo de ser. En este estado todo coincide en una única identidad. De esa unidad se vierten los pensamientos, las enseñanzas, las consideraciones relativas.

Presencia es estática sólo en relación a la dinámica contingente. Si bien no puede existir lo estático como inmovilidad absoluta, aparece como estático. Al ser un movimiento en sí no obedece a las leyes de lo variable y, por lo mismo, no puede aparecer como tal. Su movimiento es reversibilidad.

En este caso, reversibilidad no es la búsqueda del opuesto para restablecer un cierto equilibrio. Más que una posición, podríamos decir que es la ley de toda posición; escapa a la dinámica humana y la vida se establece en un ritmo que podríamos llamar divino.

Cada experiencia permanece en su ubicación real, como una experiencia determinada. No se transfiere en el tiempo ni sale de su nivel; entonces, adquiere su verdadero valor.

El estado de presencia se logra por el acto contrario. Se juega con los contrarios como componentes del acto puro: el acto se hace Ired.

En el estado de presencia, el ser oscila estáticamente en el ritmo del Ired; toda dinámica deja así de tener sentido y se posee el secreto de la transmutación por el ritmo conciencia-voluntad. El latido de vida es entonces el latido cósmico creador que se expande y se contrae en sí. Este ritmo es vivido como estado simple e indescriptible.

No siempre advertimos que separamos con la mente lo que no está separado; al proyectar fuera de nosotros la separatividad que está en nuestra mente, hacemos obscuro y confuso lo que es claro y simple, lo que destruye hasta los estados interiores más elevados que podríamos hacer logrado.

Si cuando la Divina Madre se da al alma, ésta se separa para observar, divide y destruye en vez de fundirse totalmente en Ella. Rechaza el estado simple de ser porque no se amolda su preconcepto de lo que debería ser. La conciencia que busca en esa permanencia es imposible porque la quiere asimilar a un estado de conciencia ordinario cuando, en realidad, la conciencia en el estado de presencia no es mental sino vital, integral.

No interesa discurrir si el alma permanece con o sin conciencia en el estado de presencia. Es necesario desprenderse de ese apego a eternizarse en un estado determinado. El alma no especula acerca de cómo permanece; si lo hiciera no existiría la permanencia, porque presencia es no separatividad.

Es difícil librarse del ciclo de la dualidad, dejar una idea sin adoptar otra; pero mientras se permanece dentro de la dualidad se mantiene el ritmo humano de vida, experiencia y conocimiento.

Presencia es impersonalidad; entonces no se vive, se es la vida. Se produce el acomodamiento espontáneo a la realidad y contingencia de la vida como el líquido al vaso que lo contiene. Ese es el secreto de la paz, de la flexibilidad interior.

Por eso, presencia es no saltar más de inquietud en inquietud, de deseo en deseo, de estado en estado. Es no estar sujeto al vaivén de la mente; es ser libre.

Algunos piensan que ser libre es haber eliminado toda traba al movimiento expansivo, cuando la verdadera expansión de la libertad se logra sólo a través de la fijación interior.

Fijarse interiormente es moverse, actuar, luchar; pero al mismo tiempo, es no moverse, no actuar, no luchar.

En el estado de presencia, la expansión y la fijación interiores son como el palpar rítmico de una vida sobrenatural.

Se permanece en un lugar, y este hecho es imagen de otro totalmente interior y secreto que contiene el misterio de la mística y el apostolado sobrenatural.

Presencia es el secreto de la realización de la ley de reversibilidad. Es renunciar a todo estado personal de ser, pensar y actuar, para reducirnos nada más que a la manifestación simple de la vida a través nuestro, como espejo de la divinidad.

Presencia es el estado místico por excelencia, inalterable, único. Es la inmovilidad del alma que le hace perder sus características de diferenciación para ser sólo un punto fijo en el vacío de la inmensidad de la Divina Madre. Cuando la conciencia de ser se reduce a una nada, la conciencia cósmica de ser adquiere una magnitud ilimitada.

A través nuestro la ley de la renuncia encarna en una vida sobrenatural que envuelve a todas las almas. Este punto negativo, inmóvil, concentra en sí la potencia de vida y amor divinos y las proyecta sobre el mundo en un movimiento expansivo.

Nuestra presencia visible en el Radio de Estabilidad es la imagen del logro de un radio mínimo de conciencia personal, que produce como una desaparición de nuestro ser como yo para dejar sólo a nuestro ser como estado.

El Radio de Estabilidad es el campo magnético que potencializa nuestras fuerzas espirituales; espeja así el fenómeno espiritual interior del poder y dominio de la ley y fuerza de la vida a través de la contracción a un centro impersonal de conciencia.

El Radio de Estabilidad es para nosotros el campo magnético dentro del cual podemos lograr nuestra realización espiritual y a través del cual bendecimos la vida humana por participación.

Por nuestra presencia en el Radio de Estabilidad bendecimos la porción de tierra destinada para nosotros; protegemos la vida que se asienta en ella y proyectamos nuestro amor sobre el mundo como oleada de renovación y adelanto espiritual.

Presencia, como estado místico, es más que vivir por encima de las formas mentales y estados de conciencia; esta actitud es al fin otro estado de concien-

cia. La vida, en sí, no puede ser cambio continuo de estado por estado; ella escapa a nuestras limitaciones. Un estado mental, y aún un estado de conciencia, son siempre un círculo determinante de un estado de vida.

Pero cuando se logra un estado total de Presencia éste se transforma en suspensión.

Presencia, como mística de suspensión, es la esencia del estado interior de renuncia. La fijación completa del alma es suspensión de todo estado; estado inefable de participación divina, identificación substancial, unión definitiva.

Presencia es estado sólo por reversibilidad. Dejar un estado y no encerrarse en otro; salir del ciclo sin fin de los estados, es liberación.

LA RENUNCIA Y LAS ALMAS CONSAGRADAS

9ª Enseñanza

La vida de comunidad es la expresión de la renuncia como sistema de vida.

La vida de comunidad no es un método extraordinario ni concede extraordinarios poderes. La vida de comunidad es para aquéllos que sólo aspiran a renunciar.

Por supuesto, la renuncia se puede alcanzar en cualquier estado cuando el único objetivo del alma es la renuncia y no los bienes del estado mismo. Pero la vida de comunidad facilita el logro del estado de renuncia.

Sin embargo, especialmente durante el tiempo de adaptación, la vida de comunidad somete a las almas a un esfuerzo constante e intenso de renuncia, aún a aquéllas que creían estar adelantadas en el camino del renunciamento. Esto muestra lo difícil que es llegar a la renuncia en otro tipo de vida y lo distinta que es la renuncia vivida minuto a minuto de la imagen o idea que uno se pueda hacer de ella. Es cierto que la renuncia se logra interiormente pero, para no caer en un estado idealizado, esa vida interior necesita de la confirmación exterior que la mide, la prueba y la sostiene.

Aun cuando el deseo de renuncia sea muy grande, para ser consumado requiere un medio a propósito y un camino adecuado.

Quienes solo buscan renunciar hallan, en la vida de comunidad, un medio adecuado para realizar ese propósito. El hábito de la fijación interior, de la mística de la desaparición, va alejando paulatinamente todo estímulo que distrae, para dejar solo el estímulo único de la vocación de renuncia.

El horario “vence” al tiempo y la falta de comodidad vence al dolor.

Es posible vivir en el tiempo sin limitarnos al tiempo. El tiempo aprisiona cuando uno se mide en el tiempo, sin darse cuenta de que puede usar al tiempo sin necesidad de contar con él. Basta que aprenda a usarlo plenamente, sin desperdicios; es decir, medir el tiempo. Pero no medirlo por años, días y horas, o como vida, sino solo como tiempo; hasta el último segundo tiene valor. De esa manera se puede “vencer” al tiempo, ya que cada segundo del día y cada paso del horario son eternidad.

Vencer el tiempo no es una expresión ideal. Vale la pena darnos cuenta que si solo sabemos hacer determinando nuestra acción en actos, esa acción muere al nacer. Cuando uno logra un estado interior de renuncia, se esfuerza en hacer

todo lo mejor posible, pero no circunscribe su conciencia en lo que hace o siente. Sus acciones son, simplemente, expresión de su vida. De esa manera, en vez de basar la paz interior en la ilusión de la falta de conflictos, la paz resulta de asimilarse al ritmo de la vida.

El método de la vida de comunidad ayuda a disciplinarse. La rutina de los actos establecidos quita el escape ilusorio de las novedades y los cambios, como también termina el juego caprichoso de deseos y preferencias. Además, el hábito de hacer lo que haya que hacer sin que importe gustarlo o no, da capacidad para enfrentar sacrificios y resistencia ante el dolor.

El silencio continuado aleja las pasiones, aleja las imágenes mentales y conduce rápidamente al recogimiento profundo de la vida interior.

El ritmo del horario da un vigor físico que da notable rendimiento en todo lo que se hace.

La fidelidad a las normas de la comunidad crea el hábito de no dejarse llevar por lo que a cada uno se le ocurra hacer, lo que libera la voluntad para hacer bien lo que en cada momento hay que efectuar. Esto hace de la observancia de esas normas un medio de presencia, participación y realización interior.

La observancia es, entonces, presencia en la comunidad como desaparición interior en la vida común; ya no se limita a una sucesión de deberes prefijados sino se transforma en el fluir natural de la vida de las almas, unidas por el amor de renuncia.

Observancia es presencia en el alma de la comunidad por identificación con la vida de la misma. El horario es el ritmo de la comunidad. El cumplimiento del horario es la asimilación al cuerpo místico de la comunidad.

Observancia es presencia en el cuerpo místico de Cafh porque la observancia es la esencia de la vida del Ordenado.

La observancia, entonces, es la renuncia como estado de la comunidad.

La fijación en la observancia produce una expansión interior que diluye el sentido de dualidad. Por eso, la observancia es presencia en la humanidad, por participación con la vida de todos los seres humanos.

La observancia es presencia en la Divina Madre porque es desaparición en la renuncia.

La observancia transforma la vida del alma dándole un estado interior en el que ya no hay diferencia entre lo que es, lo que hace, y lo que podría ser y hacer. Su

observancia es su vida: ella ya no existe como algo separado; sólo queda el fluir silencioso de la vida de comunidad como presencia de la Divina Madre en el alma.

El Hijo halla, en la vida de comunidad, su libertad. Su adaptación al horario y al ritmo de comunidad hace que se desligue de los aspectos ordenativos de su vida exterior, reservando todo su potencial para su expansión interior.

Su cuerpo obra, trabaja, se mueve, sin necesidad de obedecer al mandato de su voluntad, sino regido por la voluntad común de lo que es necesario hacer. No sólo actúa así en los trabajos, sino en todos los actos de su vida. Todo su ser se transforma al integrarse insensiblemente a al ritmo de la comunidad. Su subconsciente se desprende paulatinamente de las escorias personales del pasado.

Al no pensar ya en sí mismo no gasta su energía en consideraciones inútiles y mezquinas y su alma reposa en la paz de la renuncia.

En la vida de comunidad es posible la expansión interior por reversibilidad.

La ida de comunidad es un sistema de máxima contracción exterior. Todo se reduce: las palabras, los movimientos, los gestos, las miradas. La vida interior también tiende a esa fijación: tomar distancia interior de los pensamientos, las emociones, los deseos, la polaridad de estados.

La observancia ayuda a desaparecer en el ritmo de la vida común. Ya no hay estímulos que puedan hacer volver al pasado, a lo personal. En vez de gastar energía por pasiones o desasosiego, ésta se multiplica y transmuta en fuerza física por el hábito del trabajo continuado, en fuerza mental por la bondad de los pensamientos, en fuerza espiritual por el estado de renuncia.

La expansión no es sólo es del estado de conciencia, es de poder de irradiación, de poder mental, aún de capacidad humana.

La ofrenda no es la anulación del individuo y sus valores personales, sino la sublimación de los mismos en valores universales.

No pensar en uno mismo ayuda a solucionar los propios problemas a través de una entrega de amor.

Es común que intentemos tomar conciencia de lo que somos volviendo continuamente sobre nosotros mismos, pensando en nuestros problemas, nuestras experiencias, nuestras inquietudes, nuestras miserias.

La compleja estructura de deseos, apegos, apetitos, pasiones, complejos interiores, tomada como estado de conciencia, es una triste deformación de la vida.

Aún con la mejor intención podemos perder el tiempo pensando, discurrendo imaginando, siempre centrados en nosotros mismos. Si así hiciéramos, no sólo perderíamos tiempo, perderíamos vida.

La vida de comunidad, con su ritmo y su medida, nos da naturalmente el don de simplicidad como vida.

Cafh enseña que en cualquier estado se puede lograr la renuncia; al mismo tiempo ofrece la vida de comunidad como un camino para realizarla.

No todos están llamados a la comunidad, pero sí todos estamos llamados a la renuncia. La ordenación de comunidad sería el modelo de la renuncia que podríamos realizar.

Los ordenados de comunidad dejan el mundo, pero no se separan del mundo. Sus renunciaciones los identifican con la humanidad. Todo su tiempo, toda su energía, toda su atención está consagrada, no a su renuncia, sino a la renuncia.

EXPANSION

10ª Enseñanza

Cuando la enseñanza de Cafh enseña a fijarse, a egoser, a realizar la mística de la permanencia, no enseña un tipo de camino místico ni una doctrina diferenciada sino pone al ser en un estado de conciencia en sintonía con el Ired. En vez de dar una solución para unos pocos, pone en las manos de la humanidad la posibilidad de trascender de los valores particulares a los universales, espirituales.

Cafh realiza su enseñanza en sus Hijos y a través de sus Hijos.

Es común imaginar que el progreso, el triunfo, es una expansión que aparece como la consumación de una trayectoria. Pero ese tipo de expansión transforma una conquista en el agotamiento de determinadas posibilidades.

Todos tenemos un campo en el que podemos expandirnos física, emocional, racionalmente. Pero esa posibilidad y aun la de abarcar otros campos mayores del que ya tenemos, es solo una expansión.

La expansión espiritual, en cambio, no tiene límites determinados.

No es entonces el campo de unas posibilidades el que determina esa expansión, sino la expansión interior del alma determina su campo indeterminado de conciencia. Está en nosotros marcar el límite —o no límite— de nuestro estado conciencia.

En relación con la renuncia, expansión no es hacernos más sino ser menos. Cuando ya no se es nada interiormente, todo es en uno.

Toda reserva de energía es una expansión potencial. El aumento de sensibilidad, profundidad o elevación interior resultan de una atención, intención y esfuerzo concentrados en desviar todo gasto exterior hacia un no gasto interior.

La Mística del Corazón fija nuestro potencial espiritual en un punto que podemos llamar negativo: la renuncia.

Ese potencial se multiplica, pero no se refleja en un estado personal de conciencia ni se gasta en una súper-sensibilidad o súper-comprensión. La súper-sensibilidad y la súper-comprensión existen, pero sólo existen. No son usadas como medios para experimentar estados más elevados sino como formas de

ser: cuando cambia el sistema de vida interior, es lógico que cambie en mismo sentido el sistema de percepción.

Cuando la renuncia se reduce a actos, la expansión interior llega hasta un límite. Al hacerse algo, acaba allí. Pero la permanencia en la renuncia hace que la potencialización, al no fijarse en un estado positivo, se transforme en lo que podríamos llamar expansión simple.

La expansión como estado simple es el modo de transmutación de una fuerza espiritual en un estado de ser. Cuando logramos suficiente clausura interior, la transmutación es un acto de vida, un juego de contracción y expansión.

La idea de la renuncia necesita, para plasmarse en el mundo, no solo de medios objetivos sino también de la renuncia de nosotros mismos, ya que nuestra renuncia es indispensable para abrir camino en el desenvolvimiento humano.

Esto no es una mera idea. La realización espiritual de las almas es, por participación, realización de toda la humanidad. La renuncia de un alma es renuncia potencial de todas las almas.

El adelanto de la humanidad a través del adelanto espiritual de las almas no significa que éstas sean intermediarios ni instrumentos de participación. Al trascender la conciencia personal se produce la identificación con el campo magnético de las almas interiormente liberadas. No es que ellas lleven hacia lo divino; la conciencia trascendente individual se vuelca sobre ellas.

La expansión de las almas lograda por un entrenamiento físico, mental y psíquico es sólo una predisposición a la expansión espiritual de la renuncia. El ensanche de horizontes, de ideales, de sentimientos, de aspiraciones; el nuevo tipo de emociones logradas por la transmutación de energías no gastadas en fines personales, son el prelude de la transmutación espiritual de los valores anímicos en valores universales.

La renuncia hecha sistema y método de la vida espiritual que Cafh da a las almas es un medio de expansión espiritual permanente.

El alma se une al ser y existencia de todas las almas, de todo lo que vive; reúne todo en un haz y lo sumerge en el corazón de la Divina Madre. Todo lo que vive se eleva y se expande en la ofrenda interior del alma.

La expansión existe como reversibilidad.

El concepto común de expansión define sólo un polo del ritmo necesario a la vida. Esa expansión tiene una medida, es sólo un movimiento. Todas las expresiones de la vida están sujetas a ese ritmo.

El éxito humano, expansión concretada en la realización de ciertos valores, es un valor relativo. Lo que está alto va a caer; lo que está bajo seguramente ha de elevarse. El afán con que solemos buscar una expansión positiva es como un intento desesperado de vencer al tiempo, de suspender con esa ilusión el declive de la vida.

El apego a lo que se desea obtener produce la identificación con un polo, con un extremo, y se sujeta al movimiento dual. La renuncia, como estado de libertad impersonal, escapa a ese ciclo y se ajusta a la ley de reversibilidad.

La expansión real es expansión impersonal. Pero una expansión impersonal es vacío y desaparición para un estado de conciencia sujeto a la separatividad. Por eso, la realización de los valores espirituales personales nunca es verdadera expansión, y las posibles experiencias interiores expansivas son sólo ampliaciones relativas a un estado de conciencia.

El progreso interior que hace el alma en su estado espiritual de presencia la lleva a estados expansivos cada vez más interiores.

La presencia del alma irradia como una fuente de luz, paz y bienestar.

El alma es un centro de vida impersonal que se expande por reversibilidad. Ella es el vínculo simple, el punto de reversibilidad.

Su estado universal de participación es equilibrio trascendente. Su ritmo de vida es transmutación permanente, como fuerza potencial de vida.

Pero cuando la fijación se hace límite todos los estados dejan de ser: todo se suspende.

La vida excelsa se hace latente.

Las palabras no existen; la pluma se detiene. Sólo Ella es.

PARTICIPACION Y VIDA DE COMUNIDAD

11ª Enseñanza

Los aspectos humanos que asume la participación son siempre relativos y reflejos pobrísimos de la participación espiritual. Por eso, hablar de actos determinados como expresión de un estado integral de participación es sólo hacer analogías.

En la participación no es posible decir “yo participo” o que uno participa con tal o cual aspecto de la vida. Participación es expansión impersonal en el ritmo simple del Ired.

Sin embargo, esos actos determinados como puntos positivos de participación directa son indispensables porque, si no fuera así, la participación dejaría de ser acto puro y entraría en el campo de la deshumanización.

El acto puro, por ser tal, se determina. El acto idealizado no se determina.

La vida del Hijo espeja en sí, por reversibilidad, la participación espiritual. El Ired es en él.

Por eso la vida de comunidad, al mismo tiempo que lleva a las almas a una expansión interior ilimitada, es para el alma un medio objetivo extraordinario de participación en un sentir universal.

La vida de comunidad es un punto de apoyo suficientemente pequeño como para hacer trascender continuamente de lo particular a lo espiritual, y suficientemente firme y determinado en el mundo como para que el alma no pierda el contacto con la realidad de la vida.

El Hijo participa física y mentalmente con su trabajo, con la eliminación de lo superfluo, restringiendo sus necesidades y aprovechando racionalmente de lo que dispone.

Participa espiritualmente viviendo su vida espiritual en una participación anímica con la humanidad.

El Hijo ama el trabajo.

No todos amamos el trabajo, acaso lo aborrecemos. Pero si siempre fuera así, por más que trabajemos no podríamos construir un mundo feliz. El trabajo hecho a disgusto o con indiferencia no es eficiente en rendimiento, ni en calidad ni en belleza.

El trabajo es un medio excelente de participación. Se rinde el máximo no por obligación; el ahorro de tiempo y energía que así se logra se traduce en una mayor capacidad de ayuda interior y exterior.

No se gasta más al rendir más, sino a la inversa. En vez de luchar contra el trabajo, simplemente se trabaja. Además, el interés y el amor a lo que se hace aumentan notablemente la capacidad de rendimiento.

El trabajo manual es un puente tendido hacia la realidad de la vida. Se pueden orientar todos los esfuerzos hacia la comprensión del porqué de los males humanos y la búsqueda de una solución a ellos y, al final, olvidarse del ser humano.

Es muy difícil perderse en vanas abstracciones y soluciones ideales cuando se tienen varias horas diarias de trabajo manual.

El trabajo no es mortificación para el Hijo aunque contenga elementos que en sí mismos pueden ser mortificantes. El Hijo deja que la vida entre en él tal como él es. Cede su cuerpo al calor, al frío, a la lluvia, a las herramientas, para que encarnen en él y sea él mismo la fatiga, el trabajo, la herramienta, el obrero.

En esa posición interior, el Hijo es una conciencia de participación. Ya no se siente como este hombre, sino como el hombre.

La participación del Hijo se expresa en su actitud frente a las necesidades.

El secreto de vivir bien no está en la satisfacción de necesidades siempre crecientes sino en la limitación de las mismas a las necesarias y no más.

El Ordenado no tiene nada, interiormente. ¿Cómo conciliar esto con una vida que en ciertos casos puede resultar cómoda y confortable? No teniendo sus propias necesidades. Esto no quiere decir que no se tenga nada sino sentir que uno no tiene derecho a satisfacer todas sus necesidades cuando la mayoría de los seres humanos no puede satisfacer sus necesidades básicas. Y también sentir que si fuera privado de lo que hoy considera indispensable, eso en nada afectaría al cumplimiento de su misión, aún la más exterior y directa.

El Hijo, además, no rehúye la incomodidad o la mortificación propia de sus obligaciones, aun cuando le resultara fácil eludirlas. Siente que no tiene derecho a querer evitar situaciones que son enfrentadas diariamente por millones de seres que no tienen posibilidad de eludirlas de ninguna manera.

Al Hijo no se le ocurre desear nada fuera de su renuncia. No se queja ni quiere una vida mejor. Al contrario, consideraría un privilegio si se le permitiera vivir lo

más estrechamente posible para hacer así vivo su sentido interior de participación a los sufrimientos del mundo.

Este sentir interior se expresa invariablemente frente a necesidades imprevistas.

Cuando no aprendemos a bastarnos a nosotros mismos desperdiciamos innumerables posibilidades de conocimiento, destreza y seguridad interior. Pero si nos atenemos a nuestras necesidades reales, podemos salvar cualquier contingencia mediante la economía, la capacidad técnica y aplicativa y el uso sensato de lo que disponemos.

Al bastarnos a nosotros mismos encontramos en nosotros una fuente inagotable de recursos de toda índole. Es difícil que alguna vez digamos: "esto no lo podré hacer". La renuncia da una notable seguridad interior de poder realizar lo que tengamos que hacer.

La falta de control interior y la ilusión del sentido posesivo hacen que no sepamos administrar nuestros bienes. Producir es una capacidad inherente a cada uno de nosotros. Lo difícil es administrar bien lo que ya tenemos y lo que adquirimos.

La renuncia es escuela de administración y economía. Cuando no nos sentimos dueños sino depositarios de lo que tenemos y producimos, también sentimos que no tenemos derecho a tirar nada y la obligación de hacer que aquello que se nos ha confiado rinda al máximo. El sentido de no posesión interior, aún de lo que satisface una necesidad real, hace que nada se pierda ni malogre por un mal uso.

El Hijo participa con su tolerancia y paciencia.

La vida trae siempre padecimientos, sin que sea necesario sufrir necesidades para tenerlos. Pero siempre hay una forma de huir de los mismos: la autodefensa, la justificación, las distracciones, la lucha.

El Hijo no busca distracciones, no resiste al dolor moral, no huye, no protesta, no da excusas ni se compadece a sí mismo. Si bien en la vida de comunidad es difícil que se presenten situaciones enojosas, la súper-sensibilidad que se desarrolla en las almas suple la intensidad suelen tener nuestras reacciones. Cuando el alma trasciende el egoísmo personal se coloca en una posición receptiva tal que toda diferencia, el más pequeño incidente, da lugar a que se imprima en el corazón la llaga del dolor humano.

Su paciencia es expresión de su no resistencia interior. Él es un receptáculo donde se vuelcan todas las injusticias, las opresiones, los dolores, y son cubiertos con su amor y renuncia.

Al Hijo nada le escandaliza ni sorprende, no juzga ni condena. Conoce al hombre porque se conoce a sí mismo, y ese conocimiento es comprensión y amor. Su tolerancia no es una bondadosa condescendencia sino conocimiento real de lo que el hombre es y puede.

Su tolerancia es conocimiento del hombre; su paciencia, expresión de su amor.

REVERSIBILIDAD

12ª Enseñanza

El concepto de reversibilidad aparece como una paradoja para la mente: algo que, por ser una cosa, es otra. No se comprende que ése es el nexo entre la unidad y la multiplicidad, el secreto de la unión substancial.

La vida espiritual es una unidad, por eso es reversibilidad.

Los aspectos duales, las formas de la diferenciación, son formas de ser de la simplicidad.

La unidad de la existencia es tal por reversibilidad. Ahehía es igual a Hes; Hes es igual a Ahehía.

El ritmo de la vida no es un movimiento lineal sino movimiento simple, como reversibilidad. El secreto de la existencia queda develado en la identificación substancial con dicho ritmo.

Reversibilidad es ley que todo lo rige, desde la existencia de lo divino hasta los aspectos materiales de la vida común.

El Hijo, por su estado de renuncia, hace de su vida reversibilidad, por eso su existencia es una unidad. Su vida como ser humano condiciona su vida como alma, y viceversa. La renuncia es el punto de inversión.

De la reversibilidad nada puede decirse. Las palabras, las explicaciones, no alcanzan a definir lo que está más allá de toda definición posible. Sólo la contradicción acerca a la verdad.

Lo inmanifestado, por ser tal, se manifiesta. La manifestación, por ser sólo expresión, vuelve a lo eterno.

La vida, por ser estado simple de ser, existe como reversibilidad.

Reversibilidad es el modo de ser de la existencia: ritmo que trasciende el movimiento.

El concepto de reversibilidad no puede ser comprendido plenamente por la mente racional porque ésta pertenece al campo de las acciones positivas y se mueve dentro de él. Es necesario trascender el campo de acción de la mente racional para tener la visión del campo divino del Ired.

El desarrollo de nuestras facultades mentales no es suficiente para penetrar en un campo de conocimiento sobrenatural mientras logremos ese desarrollo con un esfuerzo personal. Los valores personales, por más elevados que sean, permanecen dentro de un campo limitado de existencia y no pueden alcanzar a conocer la ley que rige esa misma existencia.

La renuncia a comprender dentro del campo de la separatividad produce naturalmente la expansión de nuestras facultades al ubicarlas dentro de un campo de existencia universal. Entonces el alcance y la profundidad de la mente racional llegan a su límite y se ubican.

El conocimiento del propio límite desarrolla la facultad de conocimiento sobrenatural por estado de similitud: identificación del conocimiento con el objeto mismo. Las facultades de percepción dejan de ser tales porque, al no tener como punto de partida un elemento personal que las determine como funciones de conocimiento, se expanden en la simplicidad de un estado de conciencia.

Este estado de conciencia, que no tiene puntos de apoyo, que no necesita marco de referencia, se sostiene únicamente como existencia, como Ired.

Reversibilidad es la condición de esa existencia.

Reversibilidad no es el revés o el aspecto opuesto. El Ired tampoco es un movimiento oscilatorio, ir y venir, salida y retorno.

La limitación de la mente humana, al no comprender el movimiento simple, reduce la existencia a lo que ella puede conocer y hace de un estado en sí un movimiento, una trayectoria, un límite. Esto es lógico, porque la mente se define en base a los opuestos: lo estático y lo dinámico. Como el movimiento concebido por la razón es irracional por naturaleza —el movimiento independiente de todo sistema es una trayectoria infinita, sin principio ni fin— lo somete a un ritmo, a una oscilación, a un círculo, a una medida, para hacerlo inteligible.

Pero el juego racional de conceptos no puede abarcar lo que trasciende el concepto.

La existencia es dinámica, pero no como movimiento según una dirección sino como palpar de vida.

En el Ired no hay arriba y abajo, superior e inferior, trascendente y contingente. El Ired Es, y su movimiento es simple.

La limitación, el ir y venir, su apreciación como movimiento, es el velo con que la estrechez de conciencia empaña la pureza de un estado sobrenatural.

El Ired no establece una gradación de valores: los distintos estados son los modos de plasmación del estado simple. Por eso, sin dejar de ser simple es integral. Pero lo simple es reversibilidad. El latido de vida es contracción y expansión, ser y no ser.

La diversificación de la unidad no es disgregación sino forma de ser de la unidad.

Todo es; toda manifestación aparentemente contingente de la existencia participa de la existencia. El grado de contingencia de la realidad aparente depende de la pantalla en que se refleja.

Un estado mental de separatividad vive y se desenvuelve dentro de la separatividad. Un estado de conciencia simple no sólo no hace diferenciación y separaciones, sino que se desenvuelve libremente dentro del campo determinado de la existencia humana sin destruir la unidad de la existencia.

El Hijo, por su renuncia, tiene un campo de conciencia indeterminado; por eso, su alcance es ilimitado. Su palpitar de vida es corriente de energía vital que se expande y recorre la infinitud del cosmos para volver a él con una medida eterna. El fluir expansivo de su conciencia penetra todos los estados de vida y de conciencia: los renueva, transforma y potencializa; los asimila y redime. Su latido de contracción y expansión no se mide en el tiempo porque no hay tiempo en una existencia que es eternidad.

Renuncia es reversibilidad porque hace desaparecer el orden ilusorio de los valores establecidos.

Las obras humanas son obras por acumulación. Los objetivos humanos son siempre compuestos. Sus valores están asentados sobre un concepto desfigurado de la realidad.

La renuncia es un estado simple y su obra es dinámica. No es un objetivo determinado sino uno negativo; no representa valor alguno porque ella es, en sí, el valor único, el valor divino.

Los seres humanos desarrollamos nuestras obras por un movimiento acumulativo de conceptos y posesiones. Trabajamos, nos movemos, nos afanamos, nos gastamos; en vez de transmutar perdemos continuamente nuestras energías edificando obras muertas.

Llegamos a la cima del poder, pero como nos atamos al poder, lo perdemos.

La renuncia no niega el poder, pero cuando lo obtenemos lo dejamos; así logramos un poder mayor. El valor que perseguíamos no era el valor real sino el punto de reversibilidad de un valor en otro.

Vivir la reversibilidad es vivir la libertad de la renuncia.

La vida de renuncia es reversibilidad de valores. Todo lo que se hace, se dice o se siente no tiene valor en sí mismo sino en relación con la renuncia; aún las obras que parecen las mejores. Éstas sí tienen valor en el mundo; para el mundo todo tiene un valor. Pero para quien renuncia, sólo la renuncia tiene valor.

En el mundo todo tiene un valor porque todo se clasifica en un sistema de valores.

La vida de renuncia no es un sistema de valores. Nada vale más ni vale menos. El valor único es la renuncia.

Los humanos, en nuestro camino de ascenso positivo, vamos reemplazando continuamente un valor por otro que nos parece más alto, estableciendo una cadena que no tiene fin.

La renuncia no establece una sucesión de valores ni es un camino ascendente. Es renuncia al castillo de naipes de los valores sin reemplazarlos por otros.

El verdadero valor no es un valor establecido, el verdadero valor es la desaparición en la vida, en la simplicidad, en la eternidad.

Con esto no se quiere decir que nada tenga valor, al contrario. Sólo un sistema de valores asigna grados de importancia, porque clasifica. La renuncia, al ser el único valor, hace que todo, aún lo aparentemente intrascendente, adquiera un valor imponderable.

Nada es despreciable. La diferencia aparente de los valores de los actos y de las cosas no existe en ellas mismas sino en la visión descompuesta que tenemos de la vida. Si nada tiene valor en sí mismo, todo adquiere su verdadero valor, su valor universal. Todo lo que consideramos como valores pierde importancia y se hace una nada, porque los valorizamos de acuerdo con nuestros deseos y a nuestra limitada visión de la vida y no de acuerdo a la realidad, que es impersonal.

Por eso la renuncia hace surgir valores desconocidos para nosotros y transforma esa pobre deformación que hacemos de la vida en una vida plena, universal.

Los valores humanos son valores personales, y los valores personales son siempre valores relativos.

Creemos salir de nuestra jaula creando valores conceptuales. Conceptos ilusorios, desconectados de la realidad porque son creaciones de la mente que sólo en ella existen. Cuanto más creemos trascender nuestros conceptos más nos limitamos dentro del campo de nuestra percepción contingente. Nuestro pensamiento es su gran ilusión porque pensamos una cosa y somos otra.

Lo importante no es crear un concepto para amoldar a él la realidad, sino vivir la realidad divina por la renuncia a todo concepto.

Pero la renuncia no niega el conocimiento, la renuncia es conocimiento.

El conocimiento verdadero, la divina sabiduría, no se obtiene por un movimiento de la mente sino por reversibilidad: el vacío es plenitud divina.

La lógica es siempre relativa. Nuestras apreciaciones son ciertas cuando las referimos a un sistema y las ubicamos en él.

No podemos percibir la amplitud del movimiento de la existencia porque participamos de él. Sólo la renuncia invierte el movimiento humano en un estado estático de suspensión. Entonces los movimientos determinados de nuestra percepción se muestran como movimiento simple, fuera del tiempo, fuera de todo sistema de referencia: cosa imposible para el movimiento concebido por nuestra mente.

Por eso se puede decir que la reversibilidad es realidad; solo la podemos percibir por analogías que nunca la definen, ya que escapa a toda definición lógica. La renuncia es trascendencia y transforma todo estado de vida en estado divino que trasciende la trayectoria humana de la vida: el círculo infinito de una existencia eterna.

Pensamos que la renovación integral de la humanidad no se hará por causalidad sino por reversibilidad. Si así no fuera no sería verdadera liberación, ya que siempre se estaría dentro de los límites de lo conocido, de lo posible.

Pensamos también que la evolución no se limita al desenvolvimiento gradual y uniforme a través de adquisiciones sucesivas. El aparente movimiento evolutivo es el desarrollo de un potencial ya establecido. Cuando ese potencial se agota es necesario un movimiento inverso para fijarlo y determinar un nuevo campo potencial.

Como tendemos a desarrollarnos según un movimiento uniforme, aparentemente lógico, nos apartamos de la ley del Ired. Por eso, los esfuerzos según directivas que hasta un momento nos dan grandes resultados y notables conquistas,

se transforman luego en factores de destrucción y son obstáculo para nuevas conquistas. El verdadero adelanto es el desarrollo de campos potenciales.

Allí donde aparentemente no hay posibilidades puede surgir de pronto un manantial de luz que ilumine al mundo. El movimiento expansivo posterior es el gasto de un potencial ya conquistado.

La renuncia, como estado de reversibilidad, escapa al ciclo de evolución y decadencia.

Como nos apropiamos de nuestras conquistas, tanto materiales como espirituales, entendemos la reversibilidad de la renuncia como desprendimiento. Pero el desprendimiento siempre es un movimiento dentro de la separatividad. La ciencia de tomar y dejar nos mantiene libres de ciclos, estados y movimientos, y nos establece en el devenir eterno, como presencia simple en lo divino.

Renuncia es reversibilidad porque como no hay sujeto que la reduzca a un estado determinado, existe como estado en sí, cuyo movimiento es el Ired.

En el silencio de la suma simplicidad se invierten todos los términos, desaparecen todos los valores; la vida objetiva se esfuma y ya nada se puede decir ni pensar. Renuncia es reversibilidad porque renuncia es vida.

No se puede decir que la renuncia, como reversibilidad, sea un estado divino o uno humano. La unión no puede ser parcial sin dejar de ser unión; sería una pre-experiencia, una vislumbre, pero no identificación substancial.

Cuando nos transformamos en expresión viva de la renuncia, nuestra existencia en todos los órdenes es reversibilidad: la existencia es reversibilidad.

Esta identificación substancial, al no ser sujeción necesaria sino ser de existencia, es al mismo tiempo poder de acción indeterminada y alcance infinito.

El poder y potencia de quien renuncia es el poder de la Divina Madre.

LO SIMPLE ESPIRITUAL

13ª Enseñanza

En el sentido corriente, hablar de lo espiritual es hablar de la realización de ciertos valores ya establecidos, pero la conquista de una realización dentro de ciertos valores no puede ser lo espiritual en sí sino una forma de vivir ciertas ideas.

Siempre buscamos integrarnos e intuimos que en eso estaría la felicidad; pero integrarse no es completar un número dado de piezas sino reducirlas a un estado simple, esencial.

Dentro de las líneas de nuestro desarrollo y realización, vamos adquiriendo una sucesión de valores. Sin embargo, al igual que en todas las experiencias humanas, se establece una rueda con un movimiento que no tiene fin. Vamos adelantando, nos hacemos cada vez mejores, pero permanecemos limitados dentro del radio de ciertas posibilidades; nuestra percepción no trasciende un cierto límite y nuestra realización es sólo otro estado, siempre relativo a un estado de conciencia.

Sin embargo, el adelanto progresivo en la adquisición de estados cada vez más sublimados es una predisposición necesaria para el logro de un estado de conciencia universal. Luego, la trayectoria de adquisición de valores en la conquista espiritual se invierte en un punto de reversión, en lo simple espiritual. Ese punto es la renuncia.

En vez de hacer descender lo espiritual al nivel de nuestras experiencias subjetivas, necesitamos desintegrar el complejo de nuestro estado de conciencia hasta reducirlo al valor simple de lo espiritual en sí.

Nuestros objetivos son siempre algo definido, y su realización nos determina más en lo que somos. Aun cuando se nos den medios negativos de realización, enseguida los transformamos en elementos positivos de autoafirmación, poniendo así una línea infranqueable entre nosotros y el valor que queremos alcanzar.

Pero lo simple espiritual no puede ser otra meta más a conquistar. La realización espiritual no puede medirse con nuestro patrón de conquistas sucesivas. No tendríamos que poner en nuestra balanza de valores y posibilidades lo que sería la liberación de nuestra jaula de valores y posibilidades.

Es necesario hacer de uno y sus medios un valor contrario, invertir el sentido de lucha y conquista de un bien para que el estado interior negativo, al no incorporar algo a uno mismo, permita trascender lo compuesto.

Lo simple espiritual está más allá de toda ponderación; por eso la renuncia, como técnica ascético-mística de realización espiritual, es para nosotros la vía hacia la realización mística, la participación substancial, la unión definitiva.

La ley divina es una e inmovible, pero el edificio que hemos hecho para guardarla no lo es; por eso periódicamente vemos caer las construcciones con las que velamos la simplicidad de la única ley.

Lo simple espiritual no es otro tipo de vida espiritual; sería otra forma de vivir la separatividad. Es un estado simple y universal.

Lo simple espiritual, como estado de conciencia, no tiene por qué crear un sistema fijo dentro del cual determinarse. Sin embargo, tendemos indefectiblemente a hacer de todo estado algo concreto para poder apoyarnos y definirnos; creemos que entendemos cuando distinguimos y clasificamos. Por eso no tenemos ni la intensidad, ni la profundidad, ni la identidad del conocimiento espiritual. Nuestra percepción espiritual deviene: pierde contacto con el estado universal de ser para relacionarse sólo con nuestras propias concepciones humanas.

Los sistemas evolucionan, pero no se revolucionan en una total renovación. Lo simple espiritual, como estado, no está sujeto a cambio, pero la permanencia en lo simple espiritual es una dinámica que exige el cambio continuo.

La ley es siempre idéntica a sí misma, pero se expresa en un redescubrimiento continuo de la misma como dinámica permanente de una vida espiritual identificada con el movimiento simple del eterno devenir.

Por eso, la tendencia a fijarnos en un cierto estado de conciencia nos lleva a concepciones que, en vez de ser universales, son sólo un reflejo sujeto las limitaciones de lo contingente. Esto no quiere decir que debemos desechar nuestra concepción espiritual de la vida o descartar nuestros sistemas de realización, pero sí que no deberíamos limitar nuestra visión de la existencia y de la expansión espiritual a lo que podamos concebir en ese sentido. Esto es mucho más que aceptar otras concepciones, es permanecer espiritualmente abierto y en conexión con el devenir eterno de la vida, es no perder el contacto con lo divino por la libertad no condicionada de una renuncia permanente.

Al no limitarnos a una concepción de lo que hemos realizado, de lo que somos, podemos y entendemos, participamos y trascendemos. Solo permanecemos espiritualmente en la renuncia, la absoluta simplicidad.

Todos estamos sujetos al ritmo de expansión y regresión, y también lo están nuestras ideas. La desaparición de una idea, la extinción de una civilización, no es una pérdida, nada se pierde. Esa extinción aparente es realización, porque lo que permanece es la experiencia esencial que se transmite a los nuevos sistemas en formación. El desenvolvimiento de las organizaciones humanas, de las ideaciones que las rigen y también de nuestras vidas, está sujeto al mismo ritmo cíclico. Lo que a nuestros ojos es muerte y desaparición permite la asimilación espiritual y esencial de las experiencias y realizaciones. Por supuesto, no estamos justificando las muertes y las destrucciones, sino que lo importante no es tanto la adquisición de un poder determinado, ni tampoco el triunfo como individuo u organización, sino la permanencia en el centro que subyace en el movimiento de la vida.

Cuando nos adherimos a los aspectos contingentes de nuestras percepciones no aprovechamos integralmente nuestras experiencias, lo que nos impide percibir la sabiduría encerrada en ellas.

La misma renuncia necesaria para que trascendamos las limitaciones de nuestras experiencias particulares es la que transforma el estado colectivo de conciencia en un estado universal de existencia.

Lo simple espiritual, como esencia de toda experiencia y desenvolvimiento es el centro espiritual estático e inmutable; vida y existencia de toda vida y existencia.

Nuestros caminos de realización espiritual, si bien pueden ser excelentes como medios, no dan nunca lo espiritual en sí. La realización mística de lo divino no es un don transmisible, sino una permanencia en la simplicidad lograda por el alma misma.

Lo simple espiritual no puede ser fijado en un sistema de pensamiento sino sólo realizado interiormente. Lo simple espiritual es la renuncia como estado permanente del alma que se mantiene fija en el ritmo estático de la eternidad.

Lo simple espiritual es una posición interior universal. Cuando se trascienden los estados personales, la visión interior no es otra apreciación más sino una visión integral. Ya no se puede hacer separación entre lo que se es y lo que se sabe.

Una vivencia puede ser una experiencia mística profunda y espiritual, pero no es más que un paso hacia un estado permanente. En cambio, lo simple espiritual, como estado universal de ser, es un estado permanente de vida.

Lo simple espiritual no puede dissociarse de la vida simple del alma liberada interiormente para observarlo como estado de esa liberación. Lo simple espiritual es el alma misma cuando el alma es la renuncia.

Es bueno reconocer que solemos vivir dentro de la ilusión de realizaciones que no son más que trasposición de afectos y estados sobre objetivos siempre cambiantes, impermanentes. No sabemos movernos sin un señuelo que nos atraiga para hacerlo. Nuestros sueños de expansión suelen ser una proyección ideal de nosotros mismos a un nivel imposible. Al reducir la vida al plano de nuestras experiencias, nos estrellamos contra la ley simple de la existencia y, forzosamente, vemos caer nuestras fantasías de realización.

Si bien no podemos detener la rueda de la vida, podemos detenernos por la fijación en la simplicidad del estado de renuncia.

Lo que no nace, que no muere, lo permanente, es la renuncia que establece al alma en la eternidad, en el latido simple del corazón de la Divina Madre.

LA RENUNCIA Y EL MUNDO

14ª Enseñanza

El concepto de la renuncia está íntimamente ligado a la realidad humana; orienta a lograr a una vida mejor.

Cafh plasma en el mundo esta nueva vida, esta vida integral, a través de la idea de la renuncia.

La renovación espiritual de la humanidad necesita un acto potencial determinante, quizá de un solo individuo, un solo acto, en cuanto sea puro.

Esto no establece diferenciación entre salvador y salvados; la individualidad es un estado de participación que no admite separaciones. Por eso, así como todos podemos lograr la liberación espiritual, todos podemos ser corredentores, por decirlo así.

Creemos ser libres, pero el caos de nuestros pensamientos y deseos nos impiden lograrlo. Podemos perder tiempo cavilando sobre lo mejor, lo conveniente, lo que debemos hacer y, cuando creemos decidirnos, el tiempo se ha escapado de nuestras manos. Lo que llamamos libertad suele alimentar nuestra personalidad; solemos gastar la vida con ese propósito.

No queremos dejar nuestros gustos, inclinaciones y conveniencias, pero esperamos que otros los dejen para preocuparse por nosotros.

Luchamos y matamos para alcanzar una libertad mezquina, pero temblamos frente a la verdadera libertad: la libertad de darnos, de ofrendarnos, de terminar como personalidad separada e independiente.

La solución de nuestros problemas sociales y morales está en nuestra participación interior y exterior con la humanidad.

Al renunciar interiormente dejamos de perseguir una libertad limitada, lo que nos permite lograr una libertad ya no condicionada ni relativa, sino la libertad de la renuncia.

La renuncia nos mueve a no derrochar energía en pensamientos inútiles, lo que nos permite ir dominando el pensamiento, el sentimiento y la vida.

La renuncia es un camino, aun como sistema social.

Cuando nuestra vida tiene a la renuncia como único fundamento, da solución a los problemas de convivencia, los conflictos económicos, los roces personales.

Para lograr una existencia espiritual necesitamos desaparecer por participación en la vida de la humanidad. Esto, que podría parecer la anulación del individuo, nos libera interiormente para descubrir nuestro ser. Uno es, simplemente.

La liberación espiritual está en la propia renuncia. La falta de comprensión de la renuncia no es falta de comprensión, sino falta de renuncia.

La renuncia da las bases para nuestra liberación espiritual y un nuevo orden de vida y de organización, con nuevo estado mental, un nuevo estado de conciencia.

Por la renuncia ya no realizamos nuestro camino particular, sino el camino humano.

INACTIVIDAD OPERATIVA

15ª Enseñanza

Nuestra renuncia es nuestro mensaje.

Nuestra obra mística es interior por excelencia; a través de la fijación interior logramos trascender nuestra identificación con la personalidad que hemos adquirido.

Esta fijación es participación con la existencia. Ese estado de participación se expande en forma ilimitada.

Dentro del estrecho límite de nuestra conciencia vivimos, sentimos, amamos, pensamos y creamos en sencillo movimiento de oscilación en sí que es transmutación. Nuestro sentir es amor en sí que se manifiesta en el mundo como energía creadora y liberadora. Nuestro pensamiento se materializa porque no sale del ritmo interior y espiritual.

Nuestra obra, por ser solo interior, no tiene límites materiales. Y nuestros objetivos, espiritualmente negativos, se expresan en resultados visibles, como expresión de nuestro ser interior.

La plenitud interior, al concentrarse en un pequeñísimo punto de fijación, adquiere un notable alcance potencial. Por eso, el mensaje místico de renuncia es un mensaje que es vida, la misma vida divina.

Cuando renunciamos somos focos de expansión de la Gran Obra sobre la Tierra.

La Gran Obra es, pero su potencial se determina en quienes que se ponen en contacto con ella y se convierten así en centros de expansión. La Gran Obra se plasma en la reunión de almas de Cafh; nuestra renuncia es, entonces, nuestra actividad: inactividad operativa.

La presencia mística del alma es así lo único necesario; presencia que es desaparición espiritual y participación espiritual.

Quien renuncia no se libera para lograr un estado de amor. Su ofrenda es su renuncia, su desaparición como ser particular lo une interiormente con todas las almas; ése es su apostolado.

Pero, ¿cómo orientar a las almas hasta allí? Es fácil enseñar una actitud determinada; es fácil, también, orientar en las distintas renunciaciones. Pero nada se puede decir de la renuncia como estado de presencia, participación y reversibilidad.

Se pueden señalar los aspectos que asume la separatividad, conocerlos y superarlos; pero no se puede definir y ubicar la raíz de la separatividad, la esencia de todo estado de diferenciación, opuesto a la simplicidad de la unidad.

El medio para orientar a las almas hacia la renuncia es haciéndolas participar de la renuncia de nosotros mismos, por la expansión de nuestra participación.

La expansión de participación no es un aumento de sensibilidad, de emotividad ni de capacidad intelectual, sino el movimiento interior desde la multiplicidad a la unidad, de lo compuesto a lo simple. En ese movimiento esencial se abarca a todos los seres, todas las cosas, hasta el infinito.

Quien renuncia participa substancialmente de la vida de todas las almas. Las almas participan así de su vida liberada.

Esa es la más alta predica, el más elevado apostolado.

RENUNCIA Y DOCTRINA

16ª Enseñanza

La Doctrina de Cafh es opuesta a la lógica racional.

Opuesta, pero no como un valor a otro valor sino como un valor negativo.

La Doctrina de Cafh es reversibilidad y doctrina de reversibilidad. Limitación es infinitud; fijación es expansión; renuncia es liberación.

La Doctrina de Cafh se posee a través de la renuncia, porque renunciar lleva a identificarse con el Ired. Por eso la Doctrina de Cafh es medio de realización.

La separatividad es la ley de lo contingente. No es la separación que se hace de las cosas sino lo que determina esa separación.

La vida espiritual, mientras se considera como trayectoria, superación, ascensión o trascendencia, está presa de la separatividad.

Las doctrinas, como puntos de vista objetivos o subjetivos, permanecen dentro de la separatividad.

En ese sentido, la Doctrina de Cafh no es una doctrina, por eso es de difícil comprensión y de interpretación.

Los puntos de doctrina, al identificarse como Doctrina, entran en la separatividad y dejan de ser tales.

La Doctrina de Cafh no es contingente o trascendente, objetiva o subjetiva: es el punto armónico de reversibilidad y unidad. Por eso no puede enunciarse ni determinarse y, al mismo tiempo, puede explicarse y sintetizarse.

La Doctrina de Cafh, en sí, no se puede oponer a otras doctrinas.

El punto armónico es divino pero las doctrinas no son divinas sino humanas, porque son solo una expresión. En ese sentido, también Cafh tiene una expresión de la Doctrina, pero no la identifica con la Doctrina en sí, que es negativa e inexpresable, aun cuando se determine en puntos fundamentales.

La expresión de esos puntos fundamentales es siempre contingente y variable. Si sólo alcanzamos lo contingente de la Doctrina, dogmatizamos y separamos. Si comprendemos los puntos fundamentales, entendemos hasta un punto, pero la Doctrina es siempre algo oscuro que se nos escapa entre los dedos. Si tras-

cendemos esos puntos fundamentales de expresión de la Doctrina de Cafh, quebramos la separatividad: somos la Doctrina.

No podemos poseer plenamente los tesoros de paz, comprensión y expansión interior ilimitada propios de la vida de renuncia si no salimos de nuestra posición interior de separatividad.

Queremos comprender, queremos saber; pero no nos damos cuenta que la verdadera sabiduría no es un conocimiento más elevado del que tenemos. Por eso la buscamos indagando, acumulando consideraciones y proposiciones. Creemos que cuando todas las preguntas posibles tengan sus respuestas poseeremos el conocimiento. Lo cierto es que así tendremos un conocimiento dado pero no el conocimiento esencial.

De nada vale haber obtenido las respuestas a un número de preguntas posibles ya que siempre aparecerá otra que quedará sin solución. Además, no hay seguridad absoluta de la veracidad de ese conocimiento.

Cuando queremos conocer la Doctrina en esa forma, no la podemos saber. De poco vale enumerar algunos puntos elementales de la Doctrina si sólo conocemos eso, sin saber con seguridad qué posición tomar ante cualquier hecho o planteo que presente la vida.

Es indispensable llegar a poseer el espíritu de la Doctrina. Ese espíritu no se adquiere como un conocimiento más sino como resultado espontáneo de la renuncia.

No pretendemos presentar la Doctrina como un conocimiento de muy difícil acceso. La vida espiritual que Cafh brinda sus Hijos y a sus Hijas da facilidad para captar la Doctrina, ya que es la plasmación de la Doctrina en un sistema de vida.

El sentido de participación y de responsabilidad ayuda a salir fuera del centro de lo personal y expandirse en un sentir universal; en ese momento es necesario lograr la renuncia mental.

Nuestra mente presiente el contacto con una verdad superior, pero como ésta está fuera de su alcance y no somos capaces de desligarnos de nuestros estados mentales, reducimos la sombra de nuestras percepciones y las situamos dentro del marco de la separatividad.

Al querer comprender solo una doctrina, una enseñanza, un punto, perdemos la visión del conjunto y ya no hay equilibrio. Al determinar el conocimiento a un conocimiento destruimos el conocimiento para quedar sólo con una apreciación.

Las apreciaciones existen, no porque sean el conocimiento mismo sino porque son necesarias para su integralidad.

El conocimiento no es tal si no sabemos ubicarlos dentro de la vida y el mundo.

La apreciación, siempre personal, parte de la separatividad y se apoya en la evidencia positiva. Pero la evidencia positiva es unilateral y relativa a un cierto grado de percepción.

La Doctrina de Cafh es universal, y su comprensión es difícil para la mente porque estamos acostumbrada a pensar en forma personal.

Cafh tiene una doctrina explícita que se puede entender, analizar y comparar, pero éstos no son nada más que puntos a los que no podemos reducir la Doctrina.

La comprensión de la Doctrina de Cafh no se alcanza pensando, indagando, sino siendo, viviendo, participando. Por eso no necesita ser guardada y cuidada; no puede ser copiada ni desnaturalizada, ella misma es su custodio.

La Doctrina de Cafh no empieza ni termina, no se agota; no puede ser medida ni, en ese sentido, puede ser transmitida. La Doctrina de Cafh se transmite y comprende, no a través de enseñanzas, sino por su espíritu, una chispa inasequible que es la vida de la Enseñanza, su esencia y su potencia.

La enseñanza oral de Cafh es el símbolo de su vitalidad; no es la palabra, es verbo, y sólo como verbo puede ser comprendida y realizada. Una palabra puede ser fijada; el verbo no.

La posesión del espíritu de la Doctrina no es privativa de uno o de otro sino de la renuncia.

Los movimientos de la mente no pueden dejar de ser lo que son: movimientos. El pensamiento no se cristaliza porque está desconectado del ser, más el conocimiento verdadero es pensamiento-vida.

Las enseñanzas son solo medios que orientan hacia la Doctrina de Cafh; ésta sólo puede ser vivida por la renuncia.

La Doctrina de Cafh es negativa no sólo como concepto sino por la forma en que se determina en los Hijos y las Hijas. Si bien se enseña, no viene de afuera como conocimiento adquirido sino como comprensión espontánea.

La Doctrina, entonces, no es un punto de vista particular sino uno universal; para poseerlo es necesario que el ser mismo sea universal.

Cafh tiene un conocimiento; tiene una doctrina definida en su enseñanza. Pero no establece una serie de verdades fijas y únicas; ni siquiera da mayor importancia a definiciones sobre los aspectos contingentes.

La Doctrina de Cafh puede definirse sobre lo contingente sin encerrarse en lo contingente. Su amplitud no es eclecticismo sino consideración trascendente de lo no trascendente.

En este sentido tampoco se puede decir que Cafh tiene una doctrina, porque la tiene como puntos de vista siempre relativos. Los postulados esenciales son solo puntos de partida, apoyos necesarios para el logro de un estado trascendente de similitud.

Las verdades enunciadas, por más sublimes que sean, no pueden nunca ser la verdad, porque no pueden escapar del límite de nuestra mente limitada.

Cuando la Enseñanza afirma que la mística da el único conocimiento verdadero, al mismo tiempo constituye en mística su doctrina: no establece verdades sino medios de verdades. Sus puntos fundamentales son puntos esenciales de reversibilidad y realización, inalcanzables para el conocimiento objetivo y la consideración, pero realizables como estado interior místico.

Cafh se define sin definirse; establece un concepto sin determinarse en el concepto. Por supuesto, hay puntos fijos, pero son fijos sólo en relación a otros puntos similares.

La Doctrina de Cafh es simple. Lo simple no es ni fijo ni variable: Es, y su expresión es devenir. Decir que la Doctrina es la renuncia, en vez de definirla la expande.

La Doctrina de Cafh, por no ser *una* doctrina, es integral. Mentalmente es indispensable el límite; el ser humano es un límite. Pero espiritualmente no hay límite sino infinitud.